

China dos veces la vida, de Enrique Posada*

Ignacio Ramírez
Crítico y narrador colombiano

Más allá de película o de sueño, el libro se convierte en viaje y el pasajero lector (que no lector pasajero) atraviesa la historia igual que el lúdico trotamundos que se instala en la ventanilla de un tren, la baranda de un barco o en la visión desde las nubes que permite un avión o hasta en las escotillas de un submarino o las alas de una cometa.

Es un libro que parece una película o un sueño, no porque esté escrito con técnica de guión o con fantasiosas elucubraciones alrededor de un tema apasionante, sino porque el ritmo de su narrativa es de aquellos que desde el primer renglón invita a la participación activa de quien lo acomete, aunque tiene que estar preparado para lo sorprendente, lo inesperado, lo desconocido.

Entonces, más allá de película o de sueño, el libro se convierte en viaje y el pasajero lector (que no lector pasajero) atraviesa la historia igual que el lúdico trotamundos que se instala en la ventanilla de un tren, la baranda de un barco o en la visión desde las nubes que permite un avión o hasta en las escotillas de un submarino o las alas de una cometa.

Un viaje placentero porque nos lleva a través de historias exóticas, intensas, siempre fascinantes, por tierras lejanas donde la cultura, las costumbres, la política, la sociedad, el poder y el no poder, la condición humana, son bien distintas a las nuestras y en consecuencia siempre llamativas para la imaginación de quienes a veces creemos que el mundo es un pañuelo aunque debamos llegar a la conclusión, como dijo Alegría, que es ancho y ajeno.

Enrique Posada tenía una deuda con los lectores colombianos. En plena efervescencia de los años sesenta, cuando ya empezaban a alumbrar *La mala hora*, de Gabriel García Márquez, *La noche de la trapa*, de Germán Espinosa, *La hora señalada* de Manuel Mejía Vallejo, *Respirando el verano* y *En noviembre llega el arzobispo*, de Héctor

*Enrique Posada Cano. Escritor, economista y diplomático, es un reconocido sinólogo a nivel internacional. Especialista en Relaciones Internacionales y Magister en Historia contemporánea de China, vivió 17 años en este país en cuatro diferentes periodos, fue ministro consejero y encargado de negocios de la embajada de Colombia en China y consejero editor para el Buró central de traducciones dependiente del consejo de estado de China y profesor universitario en geopolítica, política exterior de Asia y economía internacional.

Rojas Herazo, entre algunas otras que suscitaron enorme interés de quienes seguíamos la expectativa de cómo se derrotaban costumbrismos y adjetivismos y lugares comunes y repeticiones de la repetidora, Posada iluminó con un relámpago de esperanza esa ansiedad cuando con sus cuentos de *Los Guerrilleros no bajan a la ciudad* y su novela *Las bestias de agosto*, entusiasmó a los Cronopios de entonces, pendientes del poder de la palabra.

Pero Enrique de repente se perdió y dejó en la expectativa a sus lectores, quienes nunca supimos si se lo había tragado la tierra o si le había pasado lo que a otros guerreros de entonces (Pepe Gutiérrez, por ejemplo, o Mario Arrubla, o José Stevenson, para solo mencionar algunos) quienes al parecer, desencantados por la ingratitud del oficio literario, lo abandonaron.

Pero pasado el tiempo, Enrique Posada resucita. Tras dos décadas de vida intensa en China, regresa a Colombia y lanza su novela *En China dos veces la vida*, que es testimonio claro del impacto vital que esa experiencia le dejó como patrimonio cultural y espiritual y que sirve, además, para cancelar esa deuda pendiente, porque quienes hemos tenido el privilegio de leerlo, pensamos con regocijo que ahí está el mismo autor de los cuentos y la novela de los años sesenta, maduro ya (claro), con toda la sustentación del oficio y del arte de escribir, por supuesto, y especialmente retribuyendo a quienes preguntábamos dónde estaba y qué hacía, con una obra donde comprueba persistencia y consagración en el difícil ejercicio de la literatura.

En China dos veces la vida tiene la gracia de contar una historia que parece un cuento por los ribetes de su contenido: Silvestre y Natalia Posse y sus dos chicos viajan para estar un período corto en China, donde él

será periodista en una agencia internacional de noticias. Lo que no saben es que su vida quedará ya envuelta definitivamente en episodios que les harán ir y venir y al final pasar casi dos décadas incrustados en los vericuetos y los trepidares de la convulsiva Revolución Cultural y los trascendentes avatares de un pueblo que busca reacomodarse en medio de la hecatombe, como le sucede a la tierra después de padecer un terremoto.

Esa es la historia que paso a paso y con detalle, pero también con acertado dominio de la síntesis, nos cuenta el libro. Algo imposible si de por medio no estuvieran la pluma y el talento de un escritor que sabe lo que hace: contar la historia, condensar el tiempo, dejar el testimonio, cautivar lectores. La China entera –al menos la reciente, la palpitante– en menos de 300 páginas. Trilce Editores, como siempre, pulcra.

Aquí pasa de todo: el impacto primero de una civilización antípoda, la asimilación de la vida dentro de una cultura opuesta, la humana curiosidad de llenarse de cosas nuevas cada día, de asimilar y asumir un mundo nuevo, extraño, pero también la angustia y la ansiedad y la esperanza en el proceso de una historia que habla del repentino despertar de un gran dragón dormido. Testimonio directo de alguien que ha vivido episodios fundamentales para el presente y el futuro de la historia de este planeta loco.

Novela, sí, pero también historia. Crónica, sí, pero literatura. ¿Ficción autobiográfica? El género no existe, aunque eso parece, pero en estos tiempos donde la realidad oscila entre el delirio y la barbarie, nada podemos dar por cierto. En todo caso, sí, un libro bien escrito, el pago de una deuda, una novela, algo dentro de algo, caja china. 